

Ejercicios de la palabra para sanar las heridas del conflicto

Memorias de los oscuros días. Diario de una niña en el conflicto colombiano

KELLY SANDITH MÉNDEZ

Editorial Planeta, Bogotá, 2016, 152 pp.

LAS CIFRAS históricas del conflicto armado son, hoy en día, de esos datos estimativos, complejos y profundamente incomprensibles para nuestra sociedad, vale decir para el mundo entero. La cantidad de muertos, masacres, tragedias, ataques, atentados, secuestros, violaciones... el total de víctimas, desaparecidos, desplazados, traumas individuales y colectivos, heridas emocionales... no vale la pena seguir contando. Ahora más que nunca, en la época del posconflicto, surge la pregunta sobre qué hacer con todo ello, qué es bueno recordar, qué sería mejor olvidar y cómo renarrar la historia para empoderar al sujeto y colar la esperanza y un buen porvenir dentro del espectro de posibilidades para el futuro.

Dice Kelly Méndez, en la presentación de su novela *Memorias de los oscuros días*: “Por eso, y para mantener viva la memoria, escribo. Para limpiar de telarañas el alma” (p. 9). El acto narrativo de la presente obra entraña por ende un ejercicio reflexivo y terapéutico, ojalá sanador, y es allí donde reside su valor. Se cimienta el ejercicio de escritura, en este caso, en lo mismo que ha dado pie a proyectos tan valiosos como Cartas de la Persistencia, que lanzó la Biblioteca Luis Ángel Arango en el marco de Bogotá Capital Mundial del Libro 2007; como el programa Palabras Justas que tiene el Inpec con apoyo de Fundalectura, y que desde 2014 ofrece talleres de lectura y escritura a los desmovilizados adscritos a la Ley de Justicia y Paz en varias cárceles del país; o más recientemente, como el proyecto La Paz se Toma la Palabra, también de la Subgerencia Cultural del Banco de la República, en la Biblioteca Luis Ángel Arango.

(...) sabía que estaba lejos de ser libre y aunque no me tenían encerrada en una reja o jaula, en el fondo

sí lo estaba, entonces fue ahí cuando entendí que lo único que tenía eran palabras.

Las palabras serían las únicas que me conducirían a la libertad. (p. 52)

En la novela de Méndez, el acto de narrar se convierte, más que en resistencia, en una postura activa y participativa de cambio y reparación; pero no por ello garantiza un producto de calidad literaria suficiente como para perdurar en el tiempo y activar en sus lectores un proceso reparador y constructivo, tanto individual como colectivamente. Este es el caso de la obra que nos compete, un esfuerzo personal de reconstrucción de una infancia y una adolescencia truncadas por la llegada de un grupo insurgente que se instala en ese “rinconcito feliz” en el que vive la protagonista. Y si bien debe haber sido un ejercicio sanador para su autora, carece de la necesaria calidad narrativa y estético-literaria para replicar sus benéficos efectos en los lectores y trascender la lista de ejercicios de escritura sobre el conflicto armado que fácilmente quedarán en el olvido.

Sus trece capítulos, más o menos de una misma longitud, están compuestos por entradas de un diario u hojas sueltas que Alma, la protagonista, va escribiendo a escondidas sobre lo que ocurre desde que el grupo insurgente se instala en su pueblo y en su casa. La aparición de cada entrada no obedece a un orden estrictamente cronológico, sino que parece querer emular el comportamiento de la memoria que salta de un recuerdo a otro. Ahora bien, debido a una falta de destreza narrativa se presentan leves inconsistencias en las situaciones narradas, que generan confusiones momentáneas y dejan entrever una construcción relativamente torpe.

La voz de Alma se intercala con un supuesto diario escrito por una Colombia personificada y doliéndose por lo que ocurre en ella. En estas entradas del diario del país, se recurre también a la intertextualidad, al incluir noticias de medios de comunicación como el periódico *El Tiempo*, Caracol Radio y la revista *Semana*, y así mismo se documentan los hechos con cifras y estadísticas del Centro Nacional de Memoria Histórica. Este paso de una mirada infantil al conflicto en desa-

rollo, a una observación más global y abierta, plantea una apuesta interesante al conjugar la mirada personal, de protagonista y testigo, con una perspectiva reflexiva y crítica que, a la vez, soporta la credibilidad del relato en datos concretos de la historia sobre las formas de violencia en Colombia.

Ahora bien, para poder personificar un país y escribir entradas de su diario, se necesita de una gran destreza al momento de redactar, que haga verosímil la voz de dicho personaje. Lastimosamente, este no es el caso y el recurso literario se hace tan notorio que va en desmedro de la credibilidad y el progreso fluido de la lectura.

En los apartes del diario de Alma también se recurre a la intertextualidad, pero con otras fuentes, como cuentos infantiles al estilo de “Los tres cerditos”. Y en lo que parece ser un intento por lograr un lenguaje más cercano al de los jóvenes, Méndez acude al uso de caritas felices o tristes, emoticones con los cuales comenta su opinión sobre lo que narra pero que no se sienten bien integrados al texto, y aun cuando llaman la atención no contribuyen a perfilar la personalidad de la voz narrativa para otorgar así mayor verosimilitud al mundo literario de la novela.

El valor de la obra, más que el de una pieza literaria llamativa para un lector joven, como al que busca llegarle, puede ser el de convertirse en material de estudio para un investigador o profesional de las ciencias sociales que busque fuentes en las cuales evaluar posibles imaginarios colombianos, para trabajar con ellos y contribuir al proceso de transición hacia culturas de paz y convivencia en Colombia en la era posconflicto.

En la novela se entrevé, por ejemplo, la figura sumisa y secundaria de la mujer en la sociedad, especialmente marcada en contextos rurales. Pero este papel secundario no solo aplica para las mujeres de la comunidad en la que vive Alma, sino también para las insurgentes, caso este en el que lo importante no es tanto el porqué de su decisión, sino el qué dirán los otros de ella, como si fuese un ser siempre dependiente del otro y de su opinión: “(...) ¿qué puede pensar un niño viendo a su mamá con un arma en la mano?” (p. 30).

Así mismo, se hace evidente el gran trabajo que queda por delante para desarticular la incomprensión y otredad con la que se reviste a quienes han participado en la guerra en alguno de sus bandos, a los que Alma califica en la novela como monstruos, y se niega a entender como semejantes:

A lo mejor estoy perdiendo mi tiempo al intentar ponerme en los zapatos de ellos para entender sus necesidades y los pocos sentimientos que pudiesen tener, porque aunque sé que son seres humanos, en este momento para mí y para todos solo son unos monstruos vivientes. (p. 39)

Las huellas de la guerra también suponen la necesidad de trabajar sobre el sentimiento de vulnerabilidad y desamparo que pueda haber quedado como secuela:

Todo me da miedo. Vivir me da miedo, y como en los noticieros que me mandan a ver en el colegio pero no me gusta ver, me siento encerrada, ahogada; como si a nuestro alrededor tuviéramos un alambre de púas y afuera un montón de tigres hambrientos estuvieran esperando cualquier momento para devorarnos. (p. 33)

La novela de Méndez, inspirada en el *Diario de Ana Frank* y que vuelve sobre el caso del Holocausto y la figura de Hitler, es un acto de narración que une el afán de denuncia y la reconstrucción de la persona luego del trauma de la guerra: reivindica el valor de la palabra y la necesidad de su ejercicio. Aun cuando está claro que, en este caso, para que su efecto terapéutico se hubiera replicado en los lectores, desencadenando procesos más masivos, la novela habría requerido de una sensibilidad estética y una facilidad narrativa por parte de su autora, que quizás ella alcance con el paso del tiempo y la toma de distancia frente a los múltiples horrores de nuestras violencias pasadas.

Melisa Restrepo Molina